

matrimonio: mas ya que el hilo de la historia me ha hecho saltar una vez la barrera que el pudor habia levantado, no puedo disimular lo que se halla impreso en las obras de Lutero ¹. Es, pues, mucha verdad que en un sermón que predicó en Vitemberg, cuyo objeto era la reforma del matrimonio, no se avergonzó de pronunciar estas infames y escandalosas palabras: *Si son tercas (habla de las mujeres), conviene que sus maridos les digan: Si no quereis, otra querrá. Y si la querida no quiere venir, llamad á la criada.* Si se oye- ra esto en una farsa, ó en el teatro, cualquiera se avergonzaria: y sin embargo, el jefe de los reformadores lo predica sériamente en la iglesia; y como elevaba á dogmas todos sus excesos, añade: *El marido, sin embargo, debe amonestar dos ó tres veces á su mujer antes de llevarla delante de la iglesia: despues repudiadla, y tomad á Esther en lugar de Vasthi.* Esta era una nueva causa de divorcio que se añadia á la de adulterio: y hé aquí cómo trató Lutero el capítulo de la reforma del matrimonio. No hay que preguntarle en qué evangelio ha leído esta doctrina: basta que se contenga en las necesidades que le plugo creer superiores á todas las leyes y á todas las precauciones. Y despues de esto ¿nos admirarémós del permiso que dió al Landgrave? Es verdad que el sermón obliga á los maridos á repudiar la primera mujer antes de tomar otra, y en la consulta permite al Landgrave tener dos. Pero tambien el sermón se predicó el año de 1522, y la consulta se hizo el año de 1539; y era justo que Lutero aprendiese algo mas en diez y siete ó diez y ocho años de reformation.

XII.— *El Landgrave obliga á Lutero á suprimir en la misa la elevacion del santísimo Sacramento: como se valieron de esta ocasion para irritarle de nuevo contra los Sacramentarios.*

(1542, 1543). Desde entonces tuvo el Landgrave un poder casi absoluto sobre el espíritu de este patriarca de la Reforma; y despues de haber visto su debilidad en un punto tan esencial, ya no le creyó capaz de resistirle en nada. Estaba aquel Príncipe poco versado en las controversias: pero en recompensa sabia como político hábil conciliar los ánimos, halagar los intereses de unos y de otros, y mantener las coaliciones. Su mas vivo deseo era hacer entrar á los suizos en la de Esmalcalda. Pero los veia ofendidos de muchas cosas que se practicaban entre los Luteranos, y en particular de la ele-

¹ T. V, Serm. de matrim. f. 123.

vacion del santísimo Sacramento que continuaba haciéndose al sonido de la campana, dándose el pueblo golpes de pecho, con gemidos y suspiros ¹. Lutero habia conservado por espacio de veinte y cinco años estos movimientos de una piedad, cuyo objeto sabia muy bien que era Jesucristo; pero sobre esto no habia nada fijo en la Reforma. El Landgrave no cesó de importunar á Lutero sobre este punto, y le persiguió de tal manera, que despues de haber dejado abolir esta costumbre en algunas iglesias de su partido, por fin la suprimió él mismo en la de Vitemberg que gobernaba ². Sucedieron estas variaciones en los años de 1542 y 1543, y fueron un triunfo para los Sacramentarios, los cuales creyeron con esto que Lutero se dejaba ablandar, y aun se decia entre los Luteranos que, al fin, habia cedido de aquel admirable vigor con que hasta entonces habia sostenido la antigua doctrina de la presencia real, y que empezaba á entenderse con los Sacramentarios. Picóse de estos rumores ³, porque sufría con impaciencia la menor cosa que hiriese su autoridad. Peucer, yerno de Melancton, de quien hemos tomado esta relacion, observa que por algun tiempo disimuló; *porque su gran corazon, dice él, no se conmovia fácilmente.* Nosotros, sin embargo, vamos á ver cómo se le hacia entrar en calor. Un médico llamado Vildo, célebre en su profesion, y de un gran crédito entre la nobleza de Misnia, donde mas se esparcian estos rumores contra Lutero, fué á verle á Vitemberg, y le recibió bien en su casa. Sucedió, prosigue Peucer, que en un convite á que asistia Melancton, *aquel médico achispado con el vino* (porque en la mesa de los reformadores se bebia como en cualquiera otra parte, y no eran estos abusos los que ellos se habian propuesto corregir), «aquel médico, digo, se puso á hablar con poca precaucion sobre la elevacion suprimida hacia poco tiempo; y dijo con la mayor franqueza á Lutero, que la opinion comun era, que no habia introducido esta novedad, sino por complacer á los suizos, y que, al fin, habia entrado en sus sentimientos.» Aquel gran corazon no resistió á la prueba de este discurso *hecho entre las botellas*: se conoció que se habia alterado, y Melancton previó lo que efectivamente sucedió.

¹ Gasp. Peuc. nar. hist. de Phil. Mel. soceri sui sentent. de Cena Dom. Ambergae, 1596, p. 24. — ² Peuc. nar. hist. de Phil. Mel.; Sultzeri, ep. ad Calv. inter Calv. ep. p. 52. — ³ Peuc. ibid.

XIII.—*Reviven los antiguos celos que Lutero tenia de Zuinglio y de sus discipulos.*

(1543). Lutero se animó con este motivo contra los suizos, y su cólera se hizo implacable con ocasion de dos libros que los de Zurich publicaron aquel año. Uno era una version de la Biblia hecha por Leon de Juda, famoso judío que abrazó el partido de los Zuinglianos; otro, las obras de Zuinglio cuidadosamente reunidas, con grandes elogios de este autor. Aunque nada contenian estos libros contra la persona de Lutero, luego que se publicaron se entregó á excesos inauditos, ni sus furores habian sido nunca tan violentos. Los Zuinglianos publicaron, y los Luteranos cási lo han confesado, que Lutero no pudo sufrir que se metiese otro mas que él á traducir la Biblia¹. Él habia hecho una version muy elegante en su lengua, y creyó que era honor suyo que la Reforma no tuviese otra, á lo menos donde se entendia el aleman. Las obras de Zuinglio despertaron sus celos², y creyó que se queria siempre oponerle este hombre para disputarle la gloria de ser el primero de los reformadores. Sea como quiera, Melancton y los Luteranos convienen en que despues de cinco ó seis años de tregua, Lutero fue el primero que renovó la guerra con mas furor que nunca. Por grande que fuese la influencia que tenia el Landgrave en el ánimo de Lutero, no podia contener su ira por mucho tiempo. Los suizos presentan cartas de propia mano de Lutero, en las cuales prohíbe al librero que le habia regalado la version de Leon, enviarle jamás nada de lo que escribiesen los de Zurich; «que eran unos hombres que estaban «condenados, y que arrastraban á los demás á los infiernos; que las «iglesias no podian tener comunicacion con ellos ni consentir en sus «blasfemias, y que habia resuelto combatirlos por medio de sus es- «critos y oraciones, hasta el último suspiro³.»

XIV.—*Lutero ya no quiere que se pida á Dios por los Sacramentarios, y los cree condenados sin remedio.*

(1544). Cumplió su palabra. El año siguiente publicó una explicacion del Génesis en que asocia á Zuinglio y á OEcolampadio con Arrio, con Muncer, con los Anabaptistas, y con los idólatras, que se formaban «un ídolo de sus pensamientos, y los adoraban,

¹ Hosp. part. II, Calix. judicium, n. 72, 121, 122. — ² Hosp. part. II, f. 185. — ³ Ibid. f. 183.

«despreciando la palabra de Dios.» Pero todavía fue mucho mas terrible lo que publicó despues, que fue su pequeña confesion de fe, en que «los trata de insensatos, blasfemos, gente baladí, condena- «dos, por los cuales no se podia orar¹:» porque hasta este punto llevó el sentimiento, y protestó que ya no queria tener con ellos ninguna correspondencia «ni de obra, ni de palabra, ni por escrito, si «no confesaban que el pan de la Eucaristía era el verdadero cuerpo «natural de Nuestro Señor; que los impíos y aun el traidor Judas «no le recibian menos por la boca que san Pedro y los demás ver- «daderos fieles.»

XV.—*Anatemas de Lutero.*

De este modo pensó poner fin á las escandalosas interpretaciones de los Sacramentarios, que todo lo querian entender en su sentido, y declaró por fanáticos á los que rehusasen suscribir á esta última confesion de fe². Por lo demás, tomaba un tono tan altanero, y amenazaba á todo el mundo de tal manera con sus anatemas, que los Zuinglianos ya no le llamaban sino *el nuevo Papa, y el nuevo Antecristo*³.

XVI.—*Los Zuinglianos reprenden á Lutero por tener siempre al diablo en la boca, y le tratan de insensato.*

Así la defensa no fue menos violenta que el ataque. Los de Zurich, escandalizados de esta expresion extraña, *el pan es el verdadero cuerpo natural de Jesucristo*, se escandalizaron todavía mucho mas con las injurias atroces de Lutero: de modo que compusieron un libro que tenia por título: «Contra las vanas y escandalosas calumnias de Lutero, en que decian que era necesario ser tan insensato «como él, para sufrir sus insolencias; que deshonoraba su vejez, y se «hacia despreciable por sus violencias; y que debia cubrirse de vergüenza al llenar sus escritos de tantas injurias y de tantos diablos.»

Es verdad que Lutero habia tomado la tarea de poner al diablo dentro y fuera, arriba y abajo, á derecha é izquierda, delante y atrás de los Zuinglianos, inventando nuevas frases para llenarlos de demonios, y repitiendo tanto esta odiosa palabra, que daba horror.

¹ Hospin. ibid. p. 186, 187; Calix. jud. n. 73, p. 123 et seq.; Luth. parv. conf. — ² Conc. p. 734; Luther. t. II, f. 325. — ³ Hospin. 193.

XVII.— *Escandalosa oracion de Lutero, en que dice que jamás habia ofendido al diablo.*

Tal era su costumbre: en el año de 1542, como el Turco amenazaba á la Alemania mas que nunca, habia publicado una oracion contra él, donde mezcla el diablo de un modo raro: « Vos sabeis, dice¹, ó Señor, que el Diablo, el Papa y el Turco no tienen derecho ni razon para atormentarnos, porque nosotros jamás les hemos ofendido: mas, porque confesamos que Vos, ó Padre, y vuestro «Hijo Jesucristo, y el Espíritu Santo, sois un solo Dios eterno, este es nuestro pecado, este es todo nuestro crimen, por esto nos «aborrecen y persiguen; y nada tendríamos que temer de ellos, si «renegáramos de esta fe.» ¡Qué ceguedad unir al Diablo, al Papa y al Turco, como los tres enemigos de la fe de la Trinidad! ¡Qué calumnia asegurar que el Papa los persigue porque creen este misterio! ¡Y qué locura excusarse con el enemigo del género humano, asegurando que jamás le ha dado motivo ninguno de descontento!

XVIII.— *Nueva confesion de Bucero. Se afirma en que los indignos reciben realmente el cuerpo del Señor. Invencion de la fe sólida.*

Poco tiempo despues que Lutero se irritó de nuevo del modo que hemos visto contra los Sacramentarios, publicó Bucero una nueva confesion de fe. Estos señores no se cansaban de publicar confesiones nuevas; y esta, parece que queria oponerla Bucero á la pequeña confesion que acababa de publicar Lutero. Giraba con corta diferencia sobre las expresiones del convenio de Vitemberg, hecho por su mediacion²; pero no hubiera compuesto una nueva confesion de fe, si no hubiera querido mudar alguna cosa. El asunto era, que no queria decir tan clara y generalmente como lo habia dicho, que se podia recibir *sin fe* el cuerpo del Salvador, y recibirlo muy realmente en virtud de la institucion de Jesucristo, cuya eficacia no podian impedir nuestras malas disposiciones. Bucero corrige ahora esta doctrina, y parece que pone por condicion de la presencia de Jesucristo en la Cena, no solamente que se celebre segun la institucion de Jesucristo, sino tambien *que se tenga una fe sólida en las palabras por las cuales el Señor se nos da á si mismo*³. Este Doctor, que no se atrevia á conceder una fe viva á los que comulgaban indignamente, inventó en favor de ellos *esta fe sólida*, cuyo exámen dejo á

¹ Sleid. lib. XIV. — ² S. lib. IV, n. 23. — ³ Conf. Buc. ibid. art. 22.

los Protestantes, y por medio de una fe de esta naturaleza queria que los indignos recibiesen *el Sacramento y al Señor mismo*⁴.

XIX.— *Embrollos del mismo autor sobre la comunion de los impios.*

Se hallaba al parecer bastante perplejo sobre lo que habia de decir acerca de la comunion de los impios. Porque Lutero, á quien no queria contradecir abiertamente, habia decidido en su confesion abreviada, *que recibian á Jesucristo tan verdaderamente como los Santos*. Pero Bucero, que nada esquivaba tanto como hablar claro, dice que aquellos impios *que tienen fe por algun tiempo, reciben á Jesucristo en enigma, como reciben el Evangelio*. ¡Prodigioso modo de explicarse! Y respecto de los que no tienen ninguna fe, parece debia decir que absolutamente no reciben á Jesucristo. Pero esto seria demasiado claro; y así se contenta con decir, *que no ven ni tocan en el Sacramento sino lo que es sensible*. ¿Y qué quiere él, pues, que se vea y se toque en el Sacramento, sino lo que es capaz de afectar los sentidos? Lo demás, es decir, el cuerpo del Salvador, nadie puede lisonjarse ni de verle ni de tocarle en él mismo; y los fieles no tienen por este lado ninguna ventaja sobre los impios. Así Bucero no hace mas que embrollarlo todo, como lo tiene de costumbre, y con sus sutilezas prepara el camino, como verémos, á las de Calvino y de los Calvinistas.

XX.— *Melancton trabaja en hacer la presencia real momentánea, y la pone solamente en el uso.*

Durante este tiempo procuraba con mucho ahinco Melancton disminuir, por decirlo así, la presencia real, reduciéndola al tiempo preciso del uso. Este es un dogma principal del Luteranismo, é importa saber bien cómo se estableció en la secta.

XXI.— *El verdadero fundamento de este dogma es la aversion á la misa. Dos cosas que no pueden sufrir los Protestantes.*

La nueva Reforma tenia grande aversion á la misa, aunque la misa no es otra cosa que las oraciones públicas de la Iglesia, consagradas por la celebracion de la Eucaristia, en que Jesucristo presente honorifica á su Padre, y santifica á los fieles. Pero dos cosas chocaban aquí á los nuevos doctores, porque ellos jamás las habian

⁴ Conf. Buc. art. 23.

entendido : una era la oblation, y otra la adoracion, que se daba á Jesucristo presente en sus misterios.

XXII.— *Odio ciego de Lutero contra la oblation, y contra el cánon de la misa.*

La oblation no era otra cosa mas que la consagracion del pan y del vino para que se convirtiese en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, y por este medio estuviese el Señor verdaderamente presente. Esta accion no podia menos de ser por sí misma agradable á Dios, y solo la presencia de Jesucristo mostrado á su Padre, honrificando á su majestad suprema, era capaz de atraernos sus gracias. Los nuevos doctores se empeñaban en que los Católicos atribuián á esta presencia y á la accion de la misa una virtud para salvar á los hombres independientemente de la fe: ya hemos visto su error, y fundándose en una suposicion tan falsa, vino á ser la misa el objeto de su aversion. Se desacreditaban las palabras mas santas del Cánon: por todas partes hallaba Lutero veneno en ellas, y hasta en esta oracion que nosotros hacemos un poco antes de la Comunión: *Ó Señor Jesucristo, que habeis dado la vida al mundo con vuestra muerte, libradme de todos mis pecados por vuestro cuerpo y por vuestra sangre.* Lutero ¿quién podria creerlo? condenó estas últimas palabras, antojándosele que se atribuía el librarnos de los pecados al cuerpo y á la sangre del Señor independientemente de la fe, sin ocurrírsele siquiera que esta oracion dirigida á Jesucristo *Hijo de Dios vivo, que habia vivificado al mundo con su muerte,* era toda ella en sí misma un acto de fe muy vivo. No importa: Lutero decia¹ que los monjes atribuián *su salvacion al cuerpo y á la sangre de Jesucristo, sin decir una palabra de la fe.* Si el sacerdote, al ir á cõmulgar, decia con el Salmista: *Tomaré el pan celestial, é invocaré el nombre del Señor*², á Lutero le parecia mal, y decia que *muy fuera de propósito é intempestivamente se distraia la mente de la fe á las obras.* ¡Cuán ciego es el odio! ¡cuán lleno de veneno está el corazon cuando así se emponzoñan cosas tan santas!

XXIII.— *En qué sentido se ofrece en la misa por la redencion del género humano. Los ministros suyos se ven precisados á aprobar este sentido.*

Despues de esto no hay que admirarse de que se enojasen porque se dice en el Cánon que *los fieles ofrecen este sacrificio de alabanza*

¹ De abomin. Miss. priv. seu Canonis, t. II, 393, 394. — ² Ps. cxv.

por la redencion de sus almas. Sus ministros, aun los mas apasionados, se ven obligados á reconocer en el día que la intencion de la Iglesia es ofrecer en la misa por la redencion; no para merecerla de nuevo, como si la Cruz no la hubiera merecido, sino *en accion de gracias por un beneficio tan grande*¹, y con el intento de aplicárnoslo. Pero ni Lutero ni los Luteranos quisieron entrar jamás en un sentido tan natural; no querian ver sin horror y abominacion en la misa: así torcian en mal sentido todo lo mas santo que habia en ella, y de aqui concluía Lutero que se debia *tener tanto horror al Cánon, como al diablo mismo.*

XXIV.— *Toda la misa se encierra en la presencia real sola: no se puede admitir esta presencia, sin admitirla permanente, y fuera de la recepcion.*

Con el odio que la Reforma habia concebido contra la misa, nada deseaba tanto como minar su fundamento, que despues de todo no era otro sino la presencia real. Porque los Católicos apoyaban todo el valor y toda la virtud de la misa en esta presencia: este era el único fundamento de la oblation y de todo el resto del culto, y Jesucristo presente era la base esencial. El luterano Calixto confiesa² que una de las razones, por no decir la principal, que hizo negar la presencia real á una gran parte de la Reforma, fue que no habia medio mejor de arruinar la misa y todo el culto del *papismo.* El mismo Lutero hubiera adoptado este expediente, si hubiera podido, y nosotros hemos visto lo que dijo sobre la inclinacion que tenia á separarse del papismo en este artículo lo mismo que en los demás³. Sin embargo, conservando el sentido literal y la presencia real, como se veia precisado á hacerlo, era claro que la misa subsistia en toda su integridad; porque de conservar el sentido literal concluian los Católicos que, no solamente la Eucaristia era el verdadero cuerpo, pues que Jesucristo habia dicho: *Este es mi cuerpo,* sino tambien que era el cuerpo desde que Jesucristo lo habia dicho, y de consiguiente antes de la recepcion, y desde la consagracion; porque, en fin, el Señor no dijo: *Este será,* sino *Este es;* doctrina en que se contiene toda la misa, como lo vamos á ver.

¹ Blond. Praef. in lib. Albert. de Euch. — ² Judic. Calix. n. 47, p. 70, n. 51, p. 78; S. lib. II, n. 1. — ³ S. lib. II, n. 1.

XXV. — *La presencia real permanente y fuera del uso conservada por Lutero, aun después que suprimió la elevación.*

Esta consecuencia que deducian los Católicos de la presencia real á la presencia permanente y fuera del uso, era tan clara, que el mismo Lutero la habia reconocido; y fundándose en esto siempre habia retenido la elevación de la hostia hasta el año de 1543; y aun despues que la suprimió, todavia dice el año de 1544 en su confesion abreviada, que « se la podía conservar con piedad, como un testimonio de la presencia real y corporal en el pan; pues que con esta accion decia el sacerdote: Ved, cristianos, este es el cuerpo «de Jesucristo, que ha sido entregado por vosotros¹. » Por donde se ve que no por haber cambiado la ceremonia de la elevacion, cambió lo esencial de su creencia sobre la presencia real, y que continuaba reconociéndola incontinenti despues de la consagracion.

XXVI. — *Melancton no halla otro medio para destruir la misa, que negar la presencia permanente.*

Con esta fe no se puede negar el sacrificio del Altar: porque ¿qué se quiere que haga Jesucristo antes que se reciba su cuerpo y su sangre, sino hacerse presente ante su Padre en favor nuestro? Para evitar, pues, una consecuencia tan natural, buscaba Melancton medios de reducir esta presencia á la recepcion únicamente; y en la conferencia de Ratisbona fue donde principalmente expuso esta parte de su doctrina. Carlos V habia ordenado esta conferencia de Ratisbona, el año de 1541, entre los Católicos y los Protestantes para excogitar los medios de conciliar las dos religiones. Allí fue donde Melancton, reconociendo como siempre con los Católicos la presencia real y sustancial, se propuso hacer ver que la Eucaristia, lo mismo que los demás Sacramentos, *no era sacramento sino en el uso legitimo*², es decir, segun él lo entendia, en la recepcion actual.

XXVII. — *Vanas razones de Melancton.*

La comparacion que hacia con los demás Sacramentos, era por cierto una razon bien débil: porque en los signos de esta naturaleza, en que todo depende de la voluntad del que los ha instituido, no nos corresponde á nosotros establecer leyes generales, ni decirle

¹ Luth. parv. conf. 1544; Hospin. 13. — ² Hosp. 154, 179, 180.

que no puede hacer Sacramentos sino de un modo: pudo en la institucion de los Sacramentos haberse propuesto diversos designios que se deben conocer por las palabras de que se sirvió en cada institucion particular. Pues bien, habiendo dicho Jesucristo con precision *Este es*, el efecto debe ser tan pronto, como poderosas y verdaderas son las palabras, y no hay mas que argumentar.

XXVIII. — *Otras razones igualmente frivolas.*

Pero Melancton respondia, y esta era la gran razon que repetia sin cesar, que no dirigiéndose la promesa de Dios al pan sino al hombre, no debia estar el cuerpo del Señor en el pan, sino cuando el hombre lo recibiese¹. Segun eso, tambien se podría decir que no se corrigió el amargor del agua de Mara², ó que el agua de Caná no fue vino³ sino cuando se bebió, porque estos milagros no se hicieron sino para los hombres que bebieron de aquellas aguas. Así, pues, como se hicieron aquellas mudanzas en el agua, mas no para el agua, del mismo modo podemos asegurar que se verifica una mudanza en el pan, mas no para el pan; y que el pan del cielo, lo mismo que el de la tierra, se hace y se prepara antes de que se coma; y no sé cómo Melancton insistia tanto en un argumento tan pobre.

XXIX. — *Estas razones de Melancton destruyen toda la doctrina de Lutero.*

Pero lo que mas llama aquí la atencion es, que con semejante modo de discurrir no ataca menos á su maestro Lutero que á los Católicos; porque queriendo que no se verificase absolutamente nada en el pan, mostraba que tampoco se hace nada en ningun momento, y que el cuerpo del Señor no está en el Sacramento, ni en el uso ni fuera del uso: sino que el hombre, á quien se dirige toda la promesa, lo recibe á la presencia del pan, como se recibe con el Bautismo á la presencia del agua el Espíritu Santo y la gracia. Bien veia Melancton esta consecuencia, como se manifestará mas adelante; pero sea que tuviese la habilidad de ocultarla entonces, ó que Lutero no la advirtiese tan pronto, el odio que habia concebido contra la misa le hacia pasar por todo lo que se empleaba para derribarla.

¹ Hosp. ibid. Mel. lib. II, ep. 25, 40; lib. III, 188, 189, etc. — ² Exod. xv, 23. — ³ Joan. II.